



SALDRA A LUZ LOS MIERCOLES DE CADA SEMANA.

TOMO 1.º)

TACNA—MIÉRCOLES 14 DE ENERO DE 1846.

(NUMERO 22.)

El Moqueguano.

UCHUSUMA.

Con lo que dejamos dicho en el número anterior queda de manifiesto, que el Supremo Gobierno ha descargado toda la responsabilidad que pesaba sobre el mismo con respecto a esa obra que por efecto de la revolución ha estado tantos años entorpecida, sobre el Prefecto de este departamento: y es para nosotros muy alhagüeña esta medida, seguros como estamos, que el Sr Mendiburu querrá eternizar su nombre con la cooperación mas eficaz para que se lleve con prontitud a su perfección. Es sin duda muy ventajoso para un mandatario entusiasta por el adelanto y progreso de los pueblos, el verse colocado en una posición que le brinda como procurar de un modo efectivo los bienes mas positivos para los mismos. Su corazón patriota no puede menos que llenarse de un orgullo el mas fundado, esperanzado en que las generaciones venideras bendecirán la mano, que supo acrecentar unas fortunas que son hoy día su patrimonio;

y este es el premio con que recompensará la actual y futura Tacna al Sr Prefecto, llevando al cabo el desempeño con que se le ha favorecido. Son muy conocidas las creces que recibirán los intereses de los particulares, y mientras que á las orillas de un caudaloso río se verán cubrirse de un precioso matiz las ahora eriazas tierras, los vecinos de esta Ciudad y el Gobierno mismo se hallará con fondos seguros para poder promover establecimientos que son de suma necesidad á la población.

Las rentas de Beneficencia, según estamos informados, ascienden á 40000 pesos, y aunque pueda aumentarse en algo esta suma, siempre será insuficiente para que puedan levantarse, y mucho menos sostenerse, colejos y establecimientos de piedad que hacen grandísima falta en esta Ciudad. Por otra parte, si se atiende á que se halla la hacienda nacional en un estado, no como para poder hacer asignaciones para semejantes objetos, se deducirá que nunca Tacna podrá ver atendidas sus necesidades, y que por consiguiente deberá permanecer estacionaria en la carrera del progreso. Repetimos lo que insinuamos en el

número anterior—Tacna bañada por el «Uchusuma,» lo tendrá todo sino se aumentan sus aguas, crecerá algo mas tal vez su población, y si llegase al estado á que es llamada, se vería condenada á perecer por falta de agua. Esta última verdad estamos ya casi por palparla; lo primero se nos confirma por el texto de varias leyes y decretos dados por el Supremo Gobierno en favor de esta Ciudad, cuya parte dispositiva para atender á las mejoras que ordena, se funda, en esas aguas de Uchusuma. En prueba de ello, si la Suprema Junta de Gobierno quiso señalar una remuneración á los vencedores en las batallas de San Agustín y San Antonio, no tuvo otro arbitrio á la mano, que dedicar á ese objeto algunas de las acciones que obtiene en esta empresa. Si por resolución del Congreso se ha mandado abrir un instituto, ha sido señalando acciones de Uchusuma; y el proyecto presentado para levantar un hospital, lo fué señalando fondos sobre estas mismas acciones. Es claro por consiguiente que si la Nación y el Gobierno no encuentran mas recursos para promover las mejoras de este país que los que proporcionarían

FOLLETON.

CECILIA

LA MUJER DEL POETA.

CAPITULO II.

Mademoiselle de Saint-Vallier.

(Continuación.)

En medio de aquellas grandezas pasadas, al lado de un anciano triste y enfermo, veíase una joven, flor delicada y frágil, cuya frente había palidecido entre días sin placeres y noches sin sueños agradables. Cecilia de Saint-Vallier, nacida bajo el cielo nebuloso de la Inglaterra, no había encontrado en su verdadera patria la felicidad y la alegría tan necesaria á la juventud. Cecilia conoció á penas á su madre, corriendo su infancia á la vista de las lágrimas que derramaba su padre por la muerte de una compañera con quien de bastante edad ya, se había casado por amor. Cuando Mr. de Saint-Vallier trajo á su hija á Francia, contaba ella seis años, y niña ya melancólica, la encerró en aquel nido frío y abandonado donde no tenía ni siquiera el regazo maternal que le abrigase. Después de permanecer dos años en el castillo, Mlle. Saint-Vallier entró de pensionista en el convento de Sta. María en Tours. Allí su alma atristada ya por su antigua existencia, adquirió la reserva de las santas mujeres que la rodeaban, y las costumbres tranqui-

las y monótonas del claustro le presentaron una melancolía salvaje y una timidez que comprimió hasta los menores trasportes de su corazón. Encerraba dentro sí misma todas sus sensaciones, confiando solo á Dios sus pensamientos, sus deseos y sus esperanzas.

Indolente y desconfiada de sí misma pasaban sus días en una especie de contemplación estática, viviendo junto á gentes incapaces de adivinar aquella organización llena de sensibilidad exquisita, que no se revelaba jamás ni con una palabra, ni con un gesto, y que ninguna afección ingeniosa ayudaba á desarrollar, declaróse unánimemente que Cecilia carecía de inteligencia. Sus superiores la trataban sin la menor consideración; y no siendo consultada jamás en sus gustos ni en sus placeres, la pobre joven llegó á una obediencia pasiva de que abusaba siempre el mas fuerte. Pero en ciertos momentos deteniéndose sobre Cecilia una mirada observadora, se habría notado que si con frecuencia la cólera no encendía su rostro, era porque la sangre se detenía en el corazón, y porque el dolor no dejaba brotar las lágrimas bajo sus sedosas pestañas. Todo el exterior de Mlle. de Saint-Vallier aumentaba mas la apariencia de nulidad que debía á su estrechada desconfianza de sí misma, y al aislamiento de sus primeros años. Su estatura baja, su cuerpo frágil y delicado, y su rostro en el que ninguna fación marcada se distinguía, parecía al pronto de todo punto insignificante: su tez de una blancura uniforme no tenía la frescura de la juventud; y sus ojos azules parecían fríos, aunque fuesen grandes y rasgados. La única cosa notable en la figura de Cecilia eran sus cabellos,

en los que cada rizo largo y sedoso parecía un anillo de oro. Con esta delicadeza, con esta distinción, Cecilia estaba muy lejos de parecer bonita, y sucédia con su cuerpo; como con su corazón; que hubiera sido menester estudiar el uno y el otro para descubrir los gérmenes de la belleza y de la bondad.

Una persona, sin embargo, había llegado hasta aquel corazón, hoguera violenta bajo una capa de nieve; Eloisa Chavigny, compañera de Cecilia, logró vencer un poco este carácter rebelde á toda expansión simpática; de algunos años mas que Mlle. de Saint-Vallier, Eloisa ofrecía tanto física como moralmente el contraste mas completo con Cecilia; alta esbelta, era Mlle. de Chavigny una de esas naturalezas robustas que deben á la Providencia los principios de una vitalidad que bastaría para muchas; sus cabellos negros, sus cejas de ébano y sus expresivos ojos, presentaban á su semblante la mas viva expresión: su cutis tenía ese matiz dorado que comunica tantos encantos y seducciones á las mugeres de los países meridionales, y su trasparente finura realzaban la mas bella espalda que ha hecho nunca parte de un cuerpo ligero y gracioso, al revés de Mlle. de Saint-Vallier, cuya modesta apariencia ocultaba tesoros de esencia divina: el cielo al dotar á Eloisa con todos sus dones materiales, se había complacido en crear solamente un ídolo animado, lujosa imagen de la belleza terrestre. Nunca su alma se había conmovido con los solemnes acentos de un himno santo.

Toda la sutileza del talento mas elevado aparecía en sus miradas; sus ojos tenían caricias inefables y que prometían el afecto mas puro.

las corrientes de Uchusuma, será siempre ilusorio cuanto se decreta en favor de Tacna; mientras Tacna no vea fertilizadas sus campiñas, en vano es pensar en establecimientos públicos. Muy al revés empero será nuestra suerte, si aquello se logra, y de las 80 acciones que tiene el Gobierno, destina algunas de ellas para cada uno de los establecimientos.

Quisieramos aun mas, que en pago de la deuda que reconoce el Tesoro contraída con la Beneficencia, se le entregaran las acciones correspondientes á la cantidad adeudada. De aqui resultaria un bien para el Tesoro público y otro á la Beneficencia. El primero sin hacer desembolso, quedaria libre de deudas con ese ramo; y la segunda podria contar dentro poco tiempo con algunas fincas que aumentarían sus fondos. En este último caso fácil le seria al ramo de Beneficencia ponerse en igualdad de entregas con los demas accionistas, y siguiendo sus erogaciones hasta concluir la obra; casi sin sentir se veria enriquecida y con recursos que sin gravar á la hacienda nacional, ni recargar derechos á la industria del pais sufragarian para todos los gastos que importaria la ereccion de los establecimientos predichos y su conservacion. La sociedad de Beneficencia y su Benemérito Presidente el Sr. Prefecto que se hallan tan empeñados en acrecentar las rentas del ramo; seria bueno que fijasen la vista sobre lo que acabamos de insinuar, seguros que el Supremo Gobierno, tan decidido por la felicidad é ilustracion de este departamento, no se desentenderá de sus fundadas indicaciones.

Al hacer estas observaciones nos creemos poder hermanar los intereses de la Nacion en general con los de es-

ta Capital. Tacna, que como es notorio, no tiene establecimientos de algun género, los reclama sin embargo imperiosamente, no tan solo por los servicios, bien que heroicos, que conoce haber prestado á la causa de la libertad, y de las leyes, sino porque es un pueblo del Perú, la Capital de uno de sus departamentos, cuya poblacion camina todos los dias á su engrandecimiento material, cuya poblacion se aumenta, cuyo comercio será mas activo á proporcion de que se aumenten los medios de subsistencia, que será siendo regadas sus pampas.

Lo exhausto de la hacienda pública y los largos años que necesita para convalecer de este estado de prostracion, le impedirán sin duda hacer desembolsos de alguna cantidad; por esta misma razon, cuanto menor sea la suma que deba aplicar al cumplimiento de aquel compromiso, mas desahogada se hallará para ocurrir á otras urgencias de la Nacion; al paso que aplicándose por el ramo de Beneficencia para llenar ese vacío: y suspendiendo toda empresa que pudiera proyectar en ese periodo de tiempo que dure la obra, logrará al cabo del mismo, tener fondos propios que nada habran costado al Estado, y con los que facilmente podrá cubrir sus atenciones. El Tesoro público habrá cancelado. La Nacion no se hallará gravada, y Tacna verá que la ilustracion marcha en su suelo á la par de los intereses materiales.

Segun hemos visto en el Fénix n.º 36 la ida del Sr. Prefecto á la ciudad de Moquegua vá llenando el objeto que creimos le conducia á aquella ciudad en una estacion que no es

la mas aparente, á causa de los muchos calores y poca salubridad de los valles intermedios. Sin embargo, eso hará mas recomendable al Sr. Mendiburu á las consideraciones de los respetables vecinos de la heroica Moquegua, mientras que servirá de prueba de su infatigable zelo por el adelanto de los pueblos que se hallan á su cargo. Las medidas tomadas para la reparacion y limpieza de los caminos, son de las que producen bienes positivos; y los que transitan por ellos, bendicen siempre á la administracion que con semejante zelo precave mil acontecimientos funestos, á mas de hacer mas llevaderos unos caminos que son de si mismos tan pesados por las grandes distancias que separan á pueblos y caserios. Moquegua puede prometerse mucho de la visita del Benemérito Sr. Prefecto, aunque sea por pocos dias; pues estos serán suficientes, para que conocidas las necesidades se provea á las mismas, esperando que las autoridades locales interesadas en el progreso de su pais no dejarán estériles las disposiciones de la autoridad Departamental. Siempre son provechosas á los pueblos las visitas de sus mandatarios; y asi como es imposible, que estos desde el punto de su residencia puedan formarse una idea cabal del estado de aquellos; lo es igualmente que tocando las mismas necesidades, se conocen mejor los medios de atenderlas. Es esta una razon que nos hace deseable una recorrida que debieran dar los Prefectos todos por sus respectivos departamentos, para que á imitacion de los de Lima Junin y Moquegua quienes lo han verificado, los primeros en algunas de sus provincias, y con gran provecho de las mismas, y el tercero actualmente en la que hemos ya

ya tiernos, ya apasionados, espresando el amor ó el odio, ¿quién hubiera adivinado jamas que aquellos ojos tan bellos no eran reflejo de ningún sentimiento grande, y que la coqueteria sola dulcificaba ó animaba el fuego de su brillante pupila? He aquí, sin embargo, la mujer única que habia adquirido imperio sobre el corazón de Cecilia; la que habia llegado hasta aquella alma reservada que recibia y guardaba todas las impresiones. Debemos decir que el cariño no era el solo motivo que atraia á Eloisa hacia Mlle. de Saint-Vallier. Curiosa como todas las personas sin talento, Mlle. Chavigny sintió una admiracion profunda ante la naturaleza reflexiva de Cecilia, y habia tratado de conocer la causa de ella; y de pregunta en pregunta habia arrancado cada dia una hoja á la virginal corona de los pensamientos de la jóven. Al principio Cecilia no se atrevió á negarle nada por temor; mas tarde por costumbre se lo confesó todo, y así fué como entre aquellas dos mujeres de organizacion tan poco á propósito para comprenderse, comenzó una intimidad cuyo origen era la explotacion de los malos sentimientos en lo que naturaleza habia criado de mas perfecto.

Cuando á los diez y seis años su padre la sacó del convento, Cecilia experimentó una especie de aislamiento causado por la ausencia de aquella compañera cuya obsequiosa amistad echaba de menos. Como nadie la obligaba ya á hablar volvió á su silencio: meditacion; como ninguna fuerza irresistible la obligaba á revelar sus impresiones, acudieron de nuevo las ideas tumultuosas que la asediaban. Lejos del tirano de sus pensamientos llegó á ser mas estática que

nunca, viviendo consigo misma y para si misma en un mundo imaginario que ella poblaba de seres fantásticos.

Pronto un alimento mas peligroso para la felicidad de Cecilia que las creaciones de su espíritu, vino á dar nuevo giro á las tendencias románticas de su corazón. En un rincón apartado del castillo de Saint-Vallier, en el piso bajo de una torrecilla cuya vista se extendia sobre el antiguo parque, estaba lo que se llamaba una biblioteca. Una castellana, en remota antigüedad, habia reunido allí algunos romances y novelas, cuya mayor parte resistió á los estragos del tiempo y al diente asesino de los ratones. Un dia vagando por medio de las ruinas del castillo. Cecilia penetró en aquel cuarto, cuyo polvo no habia profanado en mucho tiempo ningún pié humano. La oscuridad que reinaba allí impidió al pronto á Cecilia reconocer los tesoros que contenía, y hasta despues de haber abierto con gran trabajo una pequeña ventana, no pudo contar unos cincuenta volúmenes estropeados y enmohecidos, pero legibles sin embargo. Algunos libros de historia y de piedad habian sido hasta entonces sus únicas lecturas; de modo que no sin un estremecimiento inexplicable hojeandó uno de aquellos tomos abandonados dió con una frase patética de amor. Con el corazón palpitante, con la cabeza abrasada, Cecilia conmovida y trémula, devoraba las páginas que volvian rápidamente bajo sus dedos, únicamente el sol que desaparecia en el horizonte pudo interrumpir su lectura aquella tarde. Desde entonces la jóven consagró diariamente algunas horas á su retiro querido. ¡Mal

pasto era para aquella imaginacion inquieta la historia de las nobles damas cuyo amor y constancia resistian á todas pruebas del tiempo y de la ausencia! ¡Cuántas lágrimas no vertió Cecilia por las desgracias del ilustre Amadis! ¡Cuántas súplicas no dirijió al Cielo por el triunfo de las armas del caballero Raul!

Cuando llegaba la noche y Cecilia sentada á la ventana de la biblioteca, dejaba caer el libro sobre sus rodillas, todo hablaba en derredor suyo de los héroes de sus novelas. Entonces veia á los pajes con sus blancas plumas flotantes, á los brillantes caballeros con lucientes armaduras: á la claridad de una luna pálida, parecia ver errar bajo los añosos árboles del parque y entre las altas yerbas de jardines incultos las damas con su mascarilla ó con su velo; el rumor del viento en el follaje era para ella un acento de amor; el grito de un pájaro nocturno, la corneta del enano colocado sobre la torre anunciando la llegada del castellano. Tan pronto melancólica como animada por una agitacion febril, Cecilia llamaba á aquellas ficciones tan seductoras para un alma sencilla y privada de afectos. Con frecuencia y en compañía de sus queridos libros, vagaba la jóven por los campos, y sentándose en la orilla del Loira, bajo algún copudo árbol comparaba la monotonía de su vida á la de las hermosas aventuras, cuya historia narraba algún antiguo autor. De la comparacion al pesar no hai mas que un paso, y pronto le dió Cecilia. Entonces se apoderó de ella una profunda tristeza; la falta de un objeto á quien amar como se amaba en sus libros, se hizo sentir á todas horas; mas pensativa que

mencionado, verian el atrazo de los pueblos y las mejoras de que son susceptibles. Quisiéramos por consiguiente y en fuerza de las razones espuestas, que S. E. el Presidente de la República no se hallara impedido por la ley para visitar todos los pueblos en clase de tal. Cabalmente los periódicos europeos se hallan llenos de descripciones de los viages que por el interior y exterior de sus estados se permiten hacer los príncipes de aquellas naciones, y es conocida al mismo tiempo la utilidad que reportan los pueblos, de que sus necesidades sean conocidas personalmente por sus mandatarios supremos. ¡jala que sufriera una reforma la ley que señala por asiento esclusivo del gobierno la sola capital, pues reconocemos como imposible, el que sea dado al Supremo Gobierno, conocer el espíritu de los pueblos, sus tendencias, sus aspiraciones y sus necesidades, sin acercarse personalmente á los mismos, sin oír quejas que la falta de recursos y de medios priva á muchos el elevarlas; á la suprema autoridad siendo como son algunas veces impenetrables las puertas de los ministerios; y siempre de difícil acceso para el desgraciado que tiene en su favor unicamente la justicia; pero desnuda de apoyo, de empeño y de todo aliciente para aquellos, que nunca faltan en las oficinas del Estado, y que solo se mueven al sonido del oro,

El Sr. Mendiburu en su regreso de Moquegua para esta Capital, puede hacer, si lo mira por conveniente, un gran servicio á la humanidad, tal vez á los fondos de la beneficencia, ó á lo menos impedir que se defraude á pobres quienes con riesgo eminente de su existencia, y para economizar algunos reales, se encaraman al Islo-

nunca, pasaba los dias enteros entregada á una contemplacion dolorosa, pronunciando un nombre, creándose una imágen, á la que ella daba la forma elegida por su corazon. Nada en torno de Cecilia respondia á sus romancescos deseos, y las puertas del viejo castillo de Saint-Vallier no abrian paso á los héroes que llamaba continuamente la jóven castellana. Así las megillas de Cecilia adquirian un matiz todavia mas pálido y su cuerpo se doblaba bajo el peso del castillo que la consumia.

Una ternura ingeniosa y perspicaz hubiera podido desde el principio combatir con éxito las nuevas tendencias de Mademoiselle Saint-Vallier, ó al menos atraerlas á un punto menos peligroso. Como sucede á todas las almas sensibles, Cecilia, en sus mas crueles instantes de desaliento, sentia su espíritu lanzarse hácia una divina Providencia; entonces hubiera sido fácil volver hácia Dios el tesoro de efectos contenido en el corazon de la jóven, y enseñarla una felicidad que nadie puede turbar ni destruir. Pero nadie habia al lado de Cecilia á propósito para esta mision de apóstol; el anciano capellan de Saint-Vallier era incapáz de demostrar la teoria que tan bien esplicaba: y solo sabia bendecir y perdonar. El conde, abrumado de males y de disgustos, creia hacer bastante por la felicidad de su hija dejándola dueña absoluta de su tiempo y de su voluntad, y no pensaba el triste viejo que necesita rosas la juventud; y ademas, ¡quien sabe si como el pájaro que oculta la cabeza bajo sus alas para no ver el peligro, aquel padre que no podia curar los males de su hija *no los veía* por no verse obligado á mirarlos! Sin embargo, cuan-

te que esta como á dos cuabras de la caleta del morro de Sama; á fin de sacar cortas cantidades de huano. Desde tiempo inmemorial los indios de Tarata son tenidos como propietarios del abono que se encuentra en aquella Isla: y en tiempos determinados hacen su saca. El modo como la verifican es tan espuesto, que estrañamos pueda un corto interés halagar al indio, pusilámne y miedoso por constitucion, para que sin temor, despues de los muchos que se han ahogado en la operacion, y tres en este último año; se aventure á ejecutarlo. Por fin el sale con su empresa, mas al llegar con su huano á la playa, héteme al que remató los derechos de desembarco de los huanos de "Pabellon" ó «Punta de lobos» que se internan por aquella caleta, cobrándoles dos reales por fanega. Exaccion que no puede fundarse en razones de algun genero, ya porque, por cada fanega de huano de Iquique no se cobra mas que medio real ya porque en el recudimiento que se libra al licitador de aquellos derechos, no se le dá la facultad para imponer, ni mucho menos cobrar, derecho sobre los huanos que escarban de aquel islote y sacan á la playa los indigenas que se creen propietarios de los mismos. Por cuyo motivo llamamos la atencion de la Prefectura; para que, sino se quiere privar la saca de dicho huano; á lo menos se prohíba el practicarlo de un modo tan peligroso como se ha ejecutado hasta ahora. que se averigue con que derecho se cobra aquella imposicion, que ignorando la legitimidad del cobro y la cesion del mismo al licitador mencionado, no vacilaremos en denominarla un robo ó á los indigenas, ó á la beneficencia.

do al cabo de algun tiempo se alteraron mas las pálidas facciones de Cecilia y las lágrimas enrojecieron sus párpados, el conde se preguntó á sí mismo si su hija no sería feliz y si podría suceder que la viese morir á su lado. Así pasaban los años trayendo al conde algunas enfermedades mas, y á Cecilia un desaliento mas profundo, cuando un dia un incidente muy raro vino á distraer á los habitantes del castillo; ¡trajeron una carta con sello de Paris! ¿De quien podia ser? El conde no habia conservado ninguna relacion con la capital. Los desgraciados temen siempre saber malas noticias: Mr. de Saint-Vallier temia abrir aquella carta y presintiendo que debía ser de importancia fué á encerrarse en su cuarto para leerla. Cecilia habia conservado en apariencia toda su tranquilidad, pero los latidos de su corazon conmovieron su pecho y mientras que su padre la dejaba sola para ir á enterarse de aquella carta llegada tan inopinadamente, la jóven se clavaba en la silla en que estaba sentada á fin de oponer la fuerza material al deseo que la impulsaba seguir al anciano.

Al cabo de una hora que pareció un siglo á Cecilia, volvió el conde de Saint-Vallier al salon donde le aguardaba su hija. A pesar de la sonrisa que vagaba por sus labios, era fácil de adivinar que un nuevo pesar le aquejaba, porque sus ojos habian encontrado todavia lágrimas.

Era invierno: el conde colocó al lado de su chimenea el gran sillón en el cual hacia tantos años que pasaba las largas horas de la noche; Cecilia bordaba en el hueco de una ventana, sin decir nada, sin preguntar nada y considerando

VARIEDADES.

GIRARDIN

DE LA VIDA, HECHOS, Y ESCRITOS DE ROUSSEAU.

(Continuacion)

En esto cabalmente ha hecho el autor sin advertirlo una sátira verdadera de Rousseau, el cual ha guardado todo el barro de su naturaleza; y el elogio de Vicente de Paul que parece haberse despojado del suyo, reduciéndolo á la mas pura esencia espiritual.

La señora de Stael ha sido de todos los defensores de Rousseau la mas ingeniosa en dar á su orgullo una interpretacion benigna diciendo: *Se espresó así por que se sentia bueno.* No hai duda que no carece de dignidad, y hasta puede haber cierto mérito en sentirse bueno; pero Rousseau se sentia mejor y he aqui el orgullo. Su falta no nacia de la mirada que se daba sobre sí mismo, sino de la que echaba sobre los demas. Así la habil filosofa no pudiendo justificarle por sus confesiones, ni por sus acciones, ni por ninguno de los sentimientos que ha manifestado, esclamaba no es el árbol de los frutos que lleva, mas á primera vista se conoce que esta ingeniosa suposicion nacida de una alma apasionada y del entusiasmo juvenil de una muger no tiene fuerza alguna contra el raciocinio mas sencillo. El naturalista no tiene otros medios para su exámen que las acciones y las palabras juzga sus consecuencias sin remontarse á las intenciones y no pretende entrar en lo interior de las conciencias que solo la vista de Dios puede penetrar. Ademas, añadiremos, que dijo el Salvador verdad eterna valiendose de la misma imágen: *por sus frutos los conoceréis.*

Opina ademas el Sr. Saint-Mare Girardin, que si en nuestro último dia po-

á hurtadillas el rostro medio triste, medio risueño de su padre. El anciano aguardó que le interrogase; pero inútilmente. El conde de Saint-Vallier fué el primero que rompió el silencio.

—¿Cecilia, dijo con voz conmovida, no te informas de quien es la carta que acabo de recibir?

—Esperaba que creyeses conveniente decirme, padre mio, respondió con dulzura la jóven, cuyas manos trémulas dejaron caer su labor.

—¿Quien habia de pensar, repuso Mr. de Saint-Vallier, despues de una larga pausa, que algun dia mi hermana se acordaria de que yo existo?

—Os ha escrito mi tia? Esclamó Cecilia.

—¿Sí, hija mia, repuso el conde con una voz en que se traslucia alguna indignacion: tu tia Aspasia, la muger del rico banquero Finkenthall, se acuerda hoi del pobre desterrado: ella, que jamas ha respondido á ninguna de mis cartas, ni siquiera á aquella que le anunciaba la muerte de tu madre; ella, que nunca me ha perdonado mi miseria, hoi nos pide que vayamos á Paris, á donde viuda hoi dia, ha ido á establecerse.

—A Paris, padre mio?

La emocion impidió á Cecilia decir mas.

—¿Qué dices de esta noticia, Cecilia? Repuso el conde viendo que su hija habia vuelto á tomar tranquilamente su labor.

—Digo... no digo nada, padre mio.

—¡Y sia embargo, esta carta va á cambiar toda tu existencia!

(Continuará.)

demo darnos à nosotros mismos el testimonio consolante de haber vivido mejor que Rousseau, será porque habremos tenido mejor educacion, bien la hayamos recibido de la familia, de la sociedad ó de la religion.

No tendremos reparo en confesar que la educacion hace mas virtuosos á los hombres; pero si esto es una verdad, Rousseau no tiene excusa alguna, porque el recibió educacion de su familia: su padre vivió con mucha mayor honradez que él, y en este punto no le faltaban buenos ejemplos que seguir tanto de probidad, como de apreciable economia, y en su primera juventud fué encargada su enseñanza á un maestro respetable que le dió lecciones capaces para formar un hombre de bien.

Y aun cuando le hubiese faltado esta educacion doméstica, dice nuestro autor con mucha verdad, que pudo muy bien recibirla de la sociedad á que pertenecia, añadiendo que en jinebra era mucho mas fácil de recibirla que un reino de vasta estension, por ser un estado pequeño, gobernado por sus ciudadanos, en el cual como cada uno se conoce y se juzga, la probidad es indispensable para vivir en sociedad, y la virtud es la única senda para llegar á los honores.

Pudo por fin haber recibido de la religion esta enseñanza, pues la que Rousseau profesaba es todavia mas severa que la católica y se gloria de tener el mayor cuidado de moralizar á sus discípulos al mismo tiempo que les instruye; y pudiera tambien añadirse que su odiosa emulacion contra Voltaire en sus ataques contra la religion, hubiera debido obligarle á formarse en si mismo esta educacion religiosa.

Puede decirse, pues, sin temor de engañarse que no le faltó género alguno de educacion y que la Providencia se las ofreció todas como para cargar sobre si solo la responsabilidad de su vida. A mas de que ¿cuanta gente de bien hai digna de mayor aprecio entre las clases mas sencillas y menos cultas de la sociedad? Y esta misma providencia de que acabamos de hablar, deja muchas veces almas bellas en el estado de la pobreza y de la ignorancia, como si quisiera de este modo acrecentar el merito de sus buenas obras.

Siguese de todo esto que Rousseau cultivó con brillo sus facultades literarias, pero envilecido sin cesar y abandonado à costumbres infames jamás hizo el menor esfuerzo sobre si mismo para realzar al mismo grado sus facultades morales, y sus conciudadanos y la posteridad, admirándole con entusiasmo por su génio original, han debido con razon negarle la estimacion pública, por ser un tributo reservado à la probidad que el olvido, y à las virtudes cuyo precio, á pesar de haberlo ponderado su pluma, no supo conocer su corazon.

¡Que mejor demostracion de lo que vale por si solo la orgullosa razon del hombre! ¡Que prueba mas evidente de la inutilidad de todos los medios y recursos humanos para ser virtuoso, cuando cierra los ojos à la antorcha divina de la religion! Un hombre nacido en el centro de la civilizacion europea, que conoció el cristianismo, dotado de una alma ardiente, entusiasta, sedienta de gloria y de celebridad, capaz de penetrar todo el valor de una religion à la que todo lo hubiera sacrificado menos su orgullo, tierna, expansiva, sublime, apasionada, y hasta cierto punto religiosa, no deja à la memoria de los hombres sino el triste recuerdo de un talento malogrado y de un génio brillante que no supo practicar una virtud. (Conclusion.)

(Continuacion de las observaciones del viajero.)

Pues, señores, helado como me sali de la pieza de baños sin decir

chus ni mus, pasé el puentesito con intencion de dar un paseo antes de volver á mi hotel, con lo cual logré entonar mi destemplado cuerpo: pasé por los semi-muladares que están casi al lado de la Iglesia en cuyo cementerio me tropeze con una tropa de muchachos, [¡por todas partes muchachos!] quienes parece que habian hecho cancha de juego de ese lugar sagrado digno de mejor respeto, y que si esa familia no sacra no sabe guardárselo, los curas y sacristanes, y sacristanes y curas, deberian alejarlos, é impedir tal profanacion, asi como [permítaseme la disgresion] podrian evitar que tanto perro entrara á la Iglesia, como acontece, y observé el último dia que fui acumplir con mi obligacion cristiana. Pero adelante; seguí por la calle que será de la carcel; pues estando asi al extremo de ella, de entre las rejas de la ventana de una casa semi-arruinada vi salir una mano y voz no muy alentada, y que todo conspiraba á que erogase una limosna, para un pobre preso. Me acerqué á dicha reja, hablé con el infeliz, me informé de los motivos porque habia sido puesto en aquel lugar de seguridad, y me añadió; que aunque el juzgado le habia dado ya por libre, no podia volver á su libertad, por carecer de los reales que exige el carcelero para abrir la puerta. Al oír esta relacion no se como me quedé; el hielo de los baños todavia no me habia salido del cuerpo, y escuchar luego que un hombre, tal vez inocente, que un ciudadano segun la carta, se hallaba en la carcel, no ya por disposicion de algun juzgado, sino por la arbitrariedad, por la tiranía, porque asi se descuida la suerte de un desgraciado por los que deberían velar sobre las custodia de las garantias individuales, me horrorizó mas que lo que pudiera haber hecho la narracion de un homicidio, de un estupro de los mayores crímenes. Quisiera que contestaran las autoridades, que estoi seguro ignorarán este abuso pero que pueden y deben reprimirlo ¿en que puede fundar esa exaccion injusta é inhumana un carcelero que recibe sueldo para desempeñar el tal oficio? ¿Hai alguna lei en la República, alguna disposicion en el reglamento de policia que permita ese robo? ¿No son las cárceles, un lugar solamente de seguridad, como las denomina la constitucion del Estado? Y desde el momento en que se haga por el carcelero la indicada exigencia ¿no será ya un lugar de afliccion? El mas inocente en este caso siempre saldra penado; pues aunque las leyes lo declaren tal; sin embargo tiene que sujetarse a la penal impuesta por el Sultan Gonzalez [tal es el nombre del carcelero.] Mil reflexiones me asaltaron en aquel momento....¿De qué se mantendrá el infeliz, me decia á mi mis-

mo, en esos dias que median entre la declaracion de su inocencia, y de su salida de la cárcel? Por lo mismo que no tiene como saciar la codicia del carcelero, mucho menos tendrá para satisfacer sus necesidades. O ¿si el pieza de quien me ocupó, sacará tambien para él raciones de la Tesoreria de Policia que atiende con dos reales á los presos? No fuera extraño, y aqui tenemos otro robo, otra defraudacion. La humanidad y la justicia se interesan para que se ponga remedio á tamaños males, para que se quite esta pension tan gravosa como despótica, y que solo un abuso el mas escandaloso afianzado unicamente, ya sobre los deseos que tiene de salir de calabozos todo hombre, y mas, el inocente, ya sobre el amilanamiento de la clase indigente á la que pertenecen los mas de los que son metidos en aquel lugar. No es tan ridiculo el sueño con que se halla dotado aquel empleo, para que no haya quien pretenda reemplazar al actual, si este calcula que no será suficiente para enriquezarse. Puede contentarse con los cuartos que ha edificado con la sangre del pobre, pues un desertor de un cuerpo boliviano no podia prometerse mejor fortuna.

(Continuará)

TEATRO.

SEÑOR REDACTOR DEL MOQUEGUANO.

Sírvase U. dar publicidad en su estimable periódico à las siguientes lineas.

Ha llegado á entender la empresa que algunas personas del público estan en la intelgencia de que el drama moderno (no conocido en Tacna) titulado LA LOCA, es el *Intrigar para morir*. Deseando pues deshacer tal equivocacion, declara solemnemente la empresa, que la *Loca* en cuestion, no es *Intrigar para morir*, y viceversa: que la accion de una pasa en España, y la otra en Inglaterra; y que finalmente, se le haga la justicia de creer, que nunca variará el titulo de las obras, porque semejante subterfujio, seria en mengua de su buen nombre.

Ultimamente; los que gusten satisfacerse ántes de la representacion viendo impreso en la peninsula el drama á que la empresa se ha referido, saldrán de dudas.—Estará de manifesto en la casa del Dr. Rospigliosi. La empresa.

A VISO.

La sociedad comercial que ha girado en esta ciudad bajo la razon de Naylor's Boardman y Oxley queda disuelta en esta fecha habiéndose concluido el término de su duracion segun contrata y retirado de ella el Socio D. Federico Boardman.

Toda dependencia de dicha sociedad será liquidada por la nueva que se ha formada y que jirará desde 1.º de Enero de 1846 bajo la razon social de Naylor's Oxley y Ca. en la cual ha sido admitido como socio el Sr. D. Pedro Conroy— Tacna Diciembre 31 de 1845.